

Mateo Villafani, carmelita calzado, con bienes donados por la Señora Doña Francisca María de Origüela Paz y el canónigo Don Diego Alarcón Contreras. Tuvo lugar esta fundación del Carmen de San José, hasta hoy floreciente, el 15 de julio de 1718 con grande aplauso de todo el pueblo, trayendo en persona el señor obispo el Santísimo Sacramento á la nueva iglesia con el cabildo, corporaciones religiosas y lo más selecto de la ciudad. Caso raro fué que la que venía de fundadora, la Madre Ana Catalina de la Asunción, habiendo fallecido en el camino, entró muerta en su nueva casa; hizo, pues, de priora la que venía segunda, Madre Bernardina Teresa de Cristo.

En Trujillo (del Perú) establecióse el monasterio de carmelitas el 5 de diciembre de 1724, con cédula real y bajo el patronato del rey de España Don Felipe V. Había pedido esta licencia el Señor Obispo Fray Juan de la Calle, y alcanzóla su sucesor Fray Jaime de Mimbela: ambos prelados dotaron ricamente el monasterio, coadyuvando varias familias nobles de aquella antigua villa. Las fundadoras, venidas del Carmen de la Santísima Trinidad de Quito, fueron las madres Basilia de San Ildefonso, Bernardina de Jesús, María Josefa de San Juan Bautista y María Ignacia de Santa Teresa. El monasterio lleva el nombre de Nuestra Señora del Carmen y San José, y ha contado entre sus monjas almas de virtud acrisolada y ejemplarísima.

En 1730 fué fundado por la Orden y bajo su jurisdicción (caso excepcional de los monasterios americanos) el segundo de Puebla de los Ángeles, bajo el título de Nuestra Señora de los Dolores. Parece que ya se ha extinguido, con motivo de la persecución, refundiéndose tal vez con el primero.

En el virreinato de Santa Fe, en la noble ciudad de Popayán, el año de 1731, fundó la marquesa de San Miguel de la Vega otro convento de carmelitas descalzas,

cuyas primeras Madres salieron del de Bogotá. Hoy está suprimido; pues á los ciento treinta y dos años, expulsó bárbaramente á estas carmelitas su compatriota el dictador Mosquera: refugiáronse en la vecina república del Ecuador, y abrieron allí el monasterio de Ibarra, aún existente, que puede denominarse heredero y continuador del de Popayán.

Admiremos ahora una fundación que bien puede llamarse extraordinario y admirable ejemplo de constancia. Nos referimos á la del monasterio de carmelitas descalzas de Río Janeiro, el primero y por mucho tiempo el único de lengua portuguesa en América.

Heroína de esta fundación, que hubo menester de poco menos de cuarenta años para concluirse, fué la piadosísima doncella Doña Jacinta Rodríguez Ayres, natural de Río Janeiro. Desde sus primeros años había deseado consagrarse á Dios en el claustro; pero no habiendo por entonces ningún convento de mujeres en aquella ciudad, resolvió ir á cumplir sus deseos en Portugal; mas el Señor, que la tenía reservada para grandes cosas, se lo impidió. Resuélvese entonces á hacer vida de religiosa por sí, en una quinta retirada, y allí se establece, abandonando la casa paterna, el 27 de marzo de 1742, sin más guía ni otra esperanza que Dios. Júntasele su hermana querida Doña Francisca, y entrambas se aíslan por completo del mundo y aun de la familia y de sus mismos dos hermanos sacerdotes, que las protegían, y llevan vida de ángeles, bajo un reglamento estricto, con grandísima edificación de todos sus compatriotas. La mayor, que apenas cuenta veintisiete años, se llamará en adelante Jacinta de San José, y su hermana, Francisca de Jesús María. El Ilmo. Obispo de Río, que era á la sazón Fray Juan de la Cruz, carmelita descalzo de la provincia de Portugal, las reconoce como hijas suyas predilectas, autorízalas á construir una capilla dedicada al Niño Dios y la bendice el 31 de

diciembre, celebrando la primera misa, el día siguiente 1.º de enero de 1743, otro carmelita, director espiritual de las dos jóvenes reclusas, Fray Manuel de Jesús, que ya las iba encaminando por el camino de perfección trazado por Santa Teresa. Así pasaron, como verdaderas carmelitas, sin serlo aún oficialmente, por algunos años. En el de 1748 falleció en olor de santidad Francisca, y su cuerpo incorrupto fué objeto de sucesos al parecer sobrenaturales, que despertaron, sin duda, aun más las vocaciones religiosas, que no escaseaban en colonia tan católica como la fluminense. Poco después se contaron en efecto doce vírgenes reunidas con Doña Jacinta, y anhelosas de consagrarse á Dios. En esto, el Cielo les deparó un patrono muy poderoso en el virrey y capitán general conde de Bobadella, quien les empezó á construir un convento y una iglesia, cuya primera piedra se colocó bendita por el Ilmo. Señor Obispo Don Fray Antonio do Desterro, benedictino, y dedicada al Destierro de la Sagrada Familia en Egipto, el 24 de junio de 1750. Ambos Excmos. Señores encargáronse de obtener el breve pontificio y el benedictino regio para la fundación. Así lo hicieron, mas ¡cuál no fué la sorpresa y desencanto de las piadosas vírgenes, al ver que se les había mandado el breve y cédula sujetándolas en la profesión á la regla de Santa Clara, cuando ellas no querían profesar sino la de su santa Madre Teresa de Jesús! El Señor Obispo de Río las exhortaba á conformarse con el Breve; mas ellas, y en su nombre ante todo Doña Jacinta, se resistían humildes. Aquí fué donde se probó hasta el heroísmo la fe, la constancia, el divino amor que ardía en el pecho de aquella mujer verdaderamente fuerte. Mirando las cosas mal paradas, no vacila en dejar á sus hijas, recomendándolas á su hermano, y embarcarse, exponiéndose á los azares de una larga navegación. Arriba á Lisboa á principios de 1754; logra allí ser recibida en

audiencia por el rey José I, y éste, convencido, pide él mismo un nuevo breve á Benedicto XIV, que lo expide á 22 de diciembre de 1755, autorizando la fundación y la profesión de aquellas más que bien probadas novicias carmelitas, bajo la regla y constituciones de Santa Teresa de Jesús. Regresó, pues, gozosa Doña Jacinta al Brasil en 1756. Mas luego topó con nuevos y sucesivos obstáculos, en los cuales se barrunta la influencia fatídica del marqués de Pombal: se le murió su protector el conde de Bobadella; y sin poder completar y formalizar la fundación, sin entrar en la tierra prometida, cual otro Moisés, agregando este sacrificio, el mayor de todos, á los demás, falleció ella misma santamente y llena de méritos, el 2 de octubre de 1768. Tuvo cuidado de nombrar por sucesora suya y segunda madre de su pequeña comunidad á María de la Encarnación. Ésta siguió las huellas de la fundadora, y tuvo todavía que esperar muchos años. Al fin en 1777 la piadosa reina Doña María subió al trono de Portugal, y el 11 de octubre dió un decreto en favor de la fundación. Ésta por último se perfeccionó canónicamente, cuando el Ilmo. Señor Obispo Mascarenhas Castelbranco, en 16 de junio de 1780, cerró la clausura pontificia. Este día fué de intenso gozo y profunda edificación para Río Janeiro: el piadoso prelado había querido en efecto llevar en procesión á las carmelitas por las calles de la ciudad, que atravesaron veladas y con modestia virginal; y antes de imponer la clausura, quedando las monjas dentro de su coro, quiso que muchas personas, para más edificarse, visitasen el monasterio que iba á ser el huerto cerrado del Esposo Divino. Ese mismo día se dió principio al noviciado, que por licencia apostólica se redujo á seis meses, y el 23 de enero de 1781, fiesta de los desposorios de Nuestra Señora, recibió Su Señoría Ilustrísima los votos solemnes de la Madre María de la Encarnación y sus compañeras anti-

guas; y las novicias recientes profesaron á su vez el 19 de julio del mismo año: quedando así establecido este hermoso Carmelo fluminense sobre tan firme peña, que ni los embates de la impiedad, ni las astucias del regalismo, han sido bastantes para destruirlo: y hoy reflorece con primor, al aire de libertad que respira la Iglesia del Brasil.

Nos hemos detenido algún tanto en esta fundación, por ser la primera, como hemos dicho, de lengua portuguesa en América. Mientras se pasaba esa larga espera, otros dos monasterios se establecieron, el uno en Bolivia y el otro en Chile.

Para el primero obtuvo el Ilmo. Señor Arzobispo de la Plata, Don Gregorio Molleda, cédula real del 29 de junio de 1753; y en consecuencia salieron del convento de la ciudad de la Plata ó Chuquisaca tres religiosas y una novicia, se trasladaron á Cochabamba el 14 de septiembre de 1760, y fundaron el nuevo Carmen de la Santísima Trinidad, siendo priora la Madre Antonia de Santa Teresa, que falleció á los ocho días, y la reemplazó la Madre Melchora de la Santísima Trinidad, distinguidísima matrona, hermana del conde de Parma, Don Gabriel Herboso. Ella gobernó durante trece años el monasterio, hasta su muerte, por voluntad unánime de la comunidad, sirviendo al principio todos los oficios y educando ella misma á sus tiernas novicias, algunas de las cuales se encerraban á los diez y doce años de edad. Aquella primera comunidad, que se completó en menos de un año, dejó fama de virtud acrisolada. El Ilmo. Señor Argandoña dió testimonio de ello en una de sus cartas de visita, en que dice: «En la diligencia del examen privado de cada una de las religiosas nada tuve que corregir, antes sí admirar el fervor y virtudes de tan santa comunidad; en el escrutinio prolijo nos ha sido superabundante el gozo, que nos ha consolado el ánimo, por la

ejemplar observancia, aun de lo más menudo, que se practica según sus reglas y santas constituciones.» ¡Qué elogio tan hermoso, no por cierto exclusivo, vive Dios, del Carmelo de Cochabamba, y aplicable á todos los Carmelos americanos!

En 1770, á 24 de octubre, se hizo la fundación y dedicación solemne del segundo monasterio de Santiago de Chile, bajo el patrocinio del arcángel San Rafael. Fueron las fundadoras dos religiosas del de San José (Josefa Larraín y Concepción Elzo), é hizo los gastos el corregidor Don Luis Manuel de Zañartu. Desde entonces este Carmen ha emulado santamente con el primero, y como él ha establecido otros monasterios filiales en las provincias.

En 1791 salieron á su vez del Carmen de Bogotá cinco religiosas, cuyos nombres ignoramos, á fundar el Carmelo de Medellín, capital del departamento de Antioquia en Colombia. Fueron sus patronos el presbítero Don Sancho Londoño y Piedrahita, y Doña Ana María Álvarez del Pino. Por especial bendición de Dios esta comunidad no estuvo dispersa más que cuatro años (1863—1867) durante la persecución.

Vengamos ya á la importantísima fundación de Baltimore, la primera de la América inglesa, en 1790, notable bajo más de un aspecto. Aun antes de que en ella se pensara, ya hubo varias carmelitas angloamericanas en los monasterios de Bélgica, los cuales, como es notorio, reconocen como sus primeras fundadoras á las dos venerables Anas, de Jesús y de San Bartolomé, compañeras de Santa Teresa. Debe también advertirse que, no siendo entonces posible la fundación de monasterios en Inglaterra, las jóvenes inglesas que querían consagrarse á Dios encontraban en el continente casas religiosas de su propia lengua. De este número eran el convento de carmelitas descalzas inglesas de Amberes (abierto en 1619), contemporáneo de la venerable Ana de San Bartolomé, y otros

varios que le fueron filiales, como el de Lierre y Hoogstraeten (en 1678). Á estos monasterios acudían principalmente las jóvenes angloamericanas, que deseaban vestir el sayal y cubrirse con el velo de hijas de Santa Teresa. Entre estas primeras carmelitas norteamericanas es digna de especial mención la Madre Margarita de los Ángeles (Brent), natural de Maryland, que fué, á mediados del siglo XVIII, priora del monasterio de Amberes: era prima de los dos célebres Padres jesuítas Carlos y Leonardo Neale, el segundo de los cuales llegó á ser arzobispo de Baltimore, y el primero fué fundador y padre del monasterio de carmelitas de la misma ciudad. Contemporánea de la antedicha religiosa fué la Madre Bernardina Teresa Javier de San José (Ana Matthews), de Maryland, que profesó en el convento de Hoogstraeten. Juntáronse á ella, en 1784, sus dos sobrinas Susana y Ana Teresa, que tomaron los nombres de Hermanas Leonor de San Francisco Javier y Lucía de la Santísima Trinidad. Éstas, y una monja inglesa (Madre Clara Josefa), de Amberes, fueron las destinadas por Dios para la primera fundación de los Estados Unidos. No bien, en efecto, se hubo consolidado la independencia y con ella la libertad de la Iglesia, y cuando ya retumbaban los primeros truenos de la revolución francesa, el Padre Matthews, antiguo jesuíta, llamaba á su hermana y sobrinas con instancia. «Ahora es tiempo para vosotras de fundar en este país», les escribía, «porque ya la paz se ha establecido y la religión está libre.» *Flores apparuerunt in terra nostra*, podía agregar sin presunción el celoso misionero. Monseñor Cárroll, prefecto apostólico de Baltimore, acogió la idea con entusiasmo y confirió con el obispo de Amberes¹; favorecía por su parte el intento un piadoso caballero Villegas d'Estainbourg, miem-

¹ Monseñor Cornelio Francisco de Nelís, último obispo de Amberes, que murió desterrado, en Camaldoli (Italia), á 21 de agosto de 1796.

bro del Gran Consejo de Bruselas, protector de las carmelitas y amigo de la venerable Madre Teresa de San Agustín (Madama Lúisa de Francia, la hija de Luis XV): le había puesto en movimiento la Madre Teresa de Jesús, carmelita del gran monasterio de Amberes, qué fué, según la expresión de las carmelitas americanas, el lazo vivo de unión entre los Carmelos del Viejo y del Nuevo Mundo. Por fin, el Padre Neale, que durante un decenio había sido confesor de la comunidad inglesa de Amberes, comprometiéndose á dirigir la expedición. Zarpó ésta el 19 de abril de 1790, en un buque mercante de vela, y después de dos meses de navegación penosísima arribó á Nueva York el 2 de julio.

Antes de proseguir conmemorando esta primera fundación, haremos notar que Dios nuestro Señor cuidó de ella con particular predilección. Es la primera de toda América que se haya hecho con carmelitas profesas venidas de Europa; es manifiesto su enlace con los Carmelos españoles primitivos, por medio de los monasterios belgas y sus venerables fundadoras. La intervención del Padre Carlos Neale, conocedor práctico del espíritu más puro de la Orden, y su completa consagración al monasterio de Baltimore hasta su muerte, aseguraron la transmisión de aquel espíritu. Con mucha razón, pues, las carmelitas norteamericanas pueden considerarse como hijas legítimas de Santa Teresa de Jesús.

La fundación se hizo primeramente en un sitio retirado en el condado de Carlos (Charles County) de Maryland. Aunque la comunidad tuvo bastante extensión de terreno á su disposición, la casa construída de madera fué por cierto muy pobre y bastante incómoda, porque se refiere que en el invierno penetraba la nieve por las rendijas hasta las camas de las religiosas. Éstas, sin embargo, vivían alegres sin renta, haciendo cultivar su pequeña quinta,

bajo el solícito cuidado del Padre Neale, trabajando ellas mismas con sus manos, hilando su propia lana para vestirse, moliendo y cociendo su propia harina para comer; mas cumpliendo con sus reglas y observancias, animándose con el espíritu de su Orden, orando por la Iglesia y el clero, tan perfectamente, que aquel primer monasterio de los Estados Unidos parecía un paraíso. Y los primeros obispos y sacerdotes de aquellas Iglesias nacientes, llenos de admiración y gratitud, le encomian y ensalzan á porfía. No citaremos más que dos testimonios entre otros ciento. El Ilmo. Señor Cárroll, su propio prelado, escribía á la priora: «Estoy sobre manera complacido con el acrecentamiento de su muy religiosa familia. Cada aumento en ella, lo miro como una nueva salvaguardia para la preservación de la diócesis. Tenga la bondad de pedir á su virtuosa comunidad que sea muy asidua en sus oraciones al Cielo, para que los fieles crezcan en número y piedad, y los pastores en celo, ciencia útil y prudencia verdaderamente cristiana.» Y el santo obispo Monseñor Bruté, después de haberlas visitado, escribía á las carmelitas: «*O speciosissima lilia deserti!* Vosotras rogáis á Dios en vuestro coro, muertas y perdidas para el mundo, si bien vuestro solo nombre es la más dulce edificación afuera, mientras vuestras manos levantadas son la misma fuerza y esperanza de nuestras nacientes Iglesias. ¡Ojalá sea yo siquiera fiel á la parte que me toca en esta gracia común de vuestras oraciones!»

He ahí cómo aquellos Padres venerables de la Iglesia norteamericana comprendían y estimaban el Carmelo. El de Baltimore tuvo además la dicha de que su capilla fuese la primera dedicada al Santísimo Corazón de Jesús en los Estados Unidos, y Pío VI la enriqueció con una indulgencia plenaria, para quien la visitase en la fiesta del Corazón Divino ó el primer viernes de cada mes. Las carmelitas propagaron también la piadosísima práctica de consagrarse en

esclavitud á María, según la mente del hoy Beato Grignón de Montfort. Por fin ellas compilaron la «Guía Piadosa» (Pious Guide), uno de los primeros devocionarios impresos en los Estados Unidos.

Con razón, repetiremos, la Iglesia norteamericana, tan grande, robusta y bella al cabo de un siglo, sintiéndose deudora á las oraciones y sacrificios de las carmelitas, las considera como verdaderas madres de su católico pueblo y las ama entrañablemente.

El primer monasterio de Baltimore se mantuvo en el campo, puede decirse, hasta 1831, año en el cual por expreso deseo del arzobispo Whitefield se trasladó á la ciudad misma de Baltimore, donde su señoría ilustrísima las instaló decentemente y les cantó la primera misa. Desde entonces acá el monasterio, muy popular en aquella ciudad, en gran parte católica, ha sido un criadero de almas puras y heroicas de acrisolada virtud, un centro de oración y edificación para todos¹.

Nos hemos detenido bastante en las fundaciones de los siglos XVII y XVIII. Siéndonos imposible hacer lo mismo en las del siglo XIX y del XX que empezamos, nos contentaremos con una sencilla enumeración y una que otra nota, prescindiendo del orden cronológico².

Antes, empero, debemos consignar aquí una advertencia de mucho momento. No seremos nosotros quienes neguemos la muy lamentable relajación en que había caído la vida religiosa en las colonias españolas y portuguesas, á fines del siglo XVIII: lo hemos confesado paladinamente en nuestra introducción. Pues bien, ha de saberse que los

¹ Véase el interesante opúsculo «Carmel, its History and Spirit, compiled from approved sources by the Discalced Carmelites of Boston».

² Si Dios favorece, algún día podrá ya publicarse una reseña histórica más completa del Carmelo en América. Desde hoy apelamos, pues, á la buena voluntad de todos los conventos y monasterios de carmelitas para completar y corregir lo que en este capítulo hemos referido.

monasterios de monjas se mantuvieron generalmente á un nivel moral superior al de los conventos de frailes. Y en cuanto á las casas de carmelitas descalzas, puede afirmarse que guardaron intacta la observancia en todo lo esencial, por más que, debido á la mala influencia de la época, se hubiesen introducido en una que otra y en puntos secundarios ciertos abusos, que gracias á Dios se han corregido ya, no lo dudamos, en todas partes; de manera que los Carmelos americanos son hoy lo que Santa Teresa quería que sean todos los de sus hijas, al llamarlos con donaire propio suyo unos *palomarcitos de la Virgen*. Testigo imparcial y autorizado de esta preservación de que hablamos, es el célebre marino, compañero de los académicos franceses, Don Antonio de Ulloa, tan severo al tratar de las costumbres eclesiásticas de la colonia; pues él se complace en alabar á las carmelitas descalzas. «Es digno de notar», dice, «que los conventos de religiosas observantes de la misma regla de Santa Teresa se mantienen, y no se da ejemplar de que el número prescripto llegue á verse falto.»¹

Prosigamos, que ya llegamos al fin de nuestro pequeño y humilde ensayo histórico.

Los Estados Unidos tardaron más de setenta años para ver multiplicarse los Carmelos: era preciso ante todo que se organizaran las diócesis y se afirmara la jerarquía. En 1863 establécese el Carmen de la Preciosa Sangre en San Luís, con cinco religiosas venidas de Baltimore; y á su vez en 1877 se abre el de la Transfiguración, en Nueva Orleáns. Como para celebrar dignamente el primer centenario de la entrada de las carmelitas en los Estados Unidos, se fundó el Carmen de Santa María y San José de Boston,

¹ «Relación del viaje á la América Meridional hecho de orden de su Majestad, etc., por Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa, etc.», tomo I, parte I, l. VI, c. 3. Madrid, 1748.

con nueve monjas del monasterio de Baltimore, el 27 de agosto de 1890, fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa. De este Carmelo plantado bajo tan feliz auspicio, se desprendió presto otra hermosa rama, que fué el Carmen de San José y Santa Ana de Filadelfia.

Entre tanto el Canadá, en 1875, recibía con alborozo en Montreal su primer monasterio de carmelitas descalzas, dedicado á Nuestra Señora del Sagrado Corazón, y formado por monjas francesas de Reims.

No obstante la triste situación de la Iglesia de Méjico en el pasado siglo se abrieron allí, del mejor modo posible, algunos Cármenes, fuera de los de Puebla, Méjico y Guadalajara ya existentes. Sabemos por los datos recogidos, que existen aún los de Querétaro (fundado con monjas de Méjico en 1802), Morelia (en 1824), Orizaba (en 1848), Durango (en 1853); y en los últimos años, á pesar de la persecución, el tercero de Méjico, dos en Guadalupe, dos en San Ángel, uno en Toluca y otro en Amecameca.

En las Antillas, además del monasterio de la Habana, tenemos noticia del de Puerto Príncipe (en Cuba) y del de Puerto Rico, fundados probablemente en el pasado siglo.

El único Carmen que hubo en Venezuela, el de Caracas, debió de establecerse á principios del siglo XIX y fué suprimido unos sesenta años después por la despótica voluntad del demasiado famoso Guzmán Blanco.

Colombia, después de su restauración católica, ha visto nacer el nuevo Carmelo del Poblado, en 1900, fundado por el de Medellín, y el de Cali, en 1904, filial del de Bogotá.

El Ecuador á su vez cuenta con otros dos, el de Ibarra, heredero del de Popayán, abierto en 1866 y conservado á través de mil obstáculos y dificultades, y el segundo de Cuenca, establecido en 1882 por el Ilmo. Señor Toral, de santa memoria.

Chile, que se precia de su devoción nacional á la Virgen Santísima del Carmen, asiste á un florecimiento magnífico de su Orden. En 1887 se erige primero en Viña de Mar, y luego pasa á Valparaíso el fervoroso monasterio del Sagrado Corazón de Jesús, con fundadoras venidas del de San José de Santiago, que en 1892 funda asimismo el de la Serena. El Carmen de San Rafael, por su parte, establece el de Talca en 1897, bajo el patrocinio de Santa Teresa; y del de Valparaíso, poco después, sale el de Curimón, dedicado al Espíritu Santo.

Del otro lado de los Andes, en la República Argentina, ya en 1846 se había fundado el Carmen de Salta, con religiosas de Córdoba. En la ya enorme y próspera capital, en Buenos Aires, se han alzado tres monasterios sucesivamente: el de San José, en 1874, con Madres venidas del Carmen de Cuenca (España); una de ellas con otras monjas de este primer monasterio estableció, en 1896, el segundo, de San Elías; y acaba en este mismo año de 1905 de instalarse el tercero, del *Corpus Christi*.

El segundo monasterio de carmelitas descalzas del Brasil se fundó en Porto Alegre allá por los años de 1857, por la muy piadosa y constante doncella Doña Joaquina Isabel de Brito, venciendo muchas dificultades. Este Carmen ha podido ya abrir en 1894 otro filial suyo en la ciudad de Río Grande del Sur¹.

No terminaremos sin advertir que en las repúblicas más meridionales de América, durante el siglo pasado, se establecieron varias casas de terciarias carmelitanas para la educación de niñas pobres y especialmente de huérfanas. Es instituto diverso del de las carmelitas descalzas, pero se inspira en su mismo espíritu por lo que tiene de apos-

¹ Véase en el Apéndice, núm. IX, el elenco general de los monasterios de carmelitas descalzas en América.

tólico, de tal modo que algunas veces los obispos, para fundar aquellas casas, han sacado, con licencia de la Santa Sede, algunas monjas de su clausura. El primer colegio de carmelitas terciarias que conocemos es el de Córdoba (Argentina), fundado en 1785 por el Ilmo. Señor Obispo Fray Antonio de San Alberto, carmelita descalzo: las llaman vulgarmente Huérfanas, por el fin principal de su congregación. De este colegio salieron en 1887 las fundadoras del de Catamarca, con igual objeto. En Chile, cerca de Santiago, hay otra casa análoga, fundada en el último decenio del siglo. Y parece que no faltan tampoco en Méjico, donde son conocidas con el nombre de teresianas.

Todas estas congregaciones y casas, á no dudarlo, son utilísimas, y nos place en extremo ver propagarse como una tercera rama del árbol carmelitano, y dar también á estas abnegadas religiosas justamente el honorífico y hermoso nombre de hijas de Santa Teresa de Jesús.

Ellas y sus hermanas mayores, y los hijos de la grande Santa y mística Doctora, multiplíquense y hagan todo el bien posible en este mundo americano, que, aunque ya no pueda llamarse en rigor nuevo, todavía es el mundo del porvenir. ¡Y sea todo para la mayor gloria de Dios!



Escudo de la Orden del Carmen, tal como lo tienen los Descalzos y Descalzas Carmelitas.